

lita que no cuenta cinco años y ya se corona de espinas, y se extiende sobre una cruz, y pasa las noches en continuada oración, y sujeta su cuerpecillo á duros cilicios y larguísimas abstinencias? Pues es de vuestra raza, es vuestra compatriota, es la primera flor de santidad del suelo americano, es Rosa de Lima, en quien el Señor ha querido honrar á la niñez de todo este Nuevo Mundo, prodigándole desde su cuna tales favores, que pocos de sus escogidos habrán recibido mayores ó iguales. Ved á esa otra niña, que apenas ha cumplido su año sexto y ya es agraciada con una dulcísima visión. El Señor viene á ella, de un modo palpable; se le aparece en regio trono, con la tiara pontificia en su augusta cabeza y con los Apóstoles Pedro, y Pablo, y Juan el Evangelista formando en derredor lucido cortejo. Extiende Jesús su divina mano, cual Asuero en otro tiempo sobre Ester, y toca á la niña venturosa y hace sobre ella la señal de la cruz. Es la que veneramos sobre los altares con el nombre de Santa Catarina de Sena; á quien Dios más tarde se digna enseñar Él mismo las letras y las ciencias, y le infunde una sabiduría superior á la de los teólogos más consumados.

¿A qué multiplicar ejemplos? Si Dios quedó complacido al ver la tierra virgen que acababa de sacar de la nada, ¡con cuánta más razón no se deleitará contemplando esas almas vírgenes que acaba de crear y que, recién lavadas con el agua del bautismo, aún no empañan el hálito de la más leve culpa! Justo es que nosotros pongamos nuestros ojos donde el Señor ha puesto los suyos.

¿Qué cosa más grata que aspirar los perfumes de los

cándidos azahares, ya en los verjeles que pueblan las riberas del Guadalquivir, ya en los huertos de la antigua Jafa, ya en los bosques de Santa Engracia ó de las cercanías de Zamora en este lado del Océano? El ojo se extasía contemplando su belleza, y el agricultor cuida que no falte riego á los robustos troncos, que se poden las ramas inútiles y se arranque la zizaña que estorba su crecimiento; y se alegra cuando ve brillar sobre sus queridos árboles el sol que da vida, y tiembla cuando á la aurora percibe la escarcha en los campos circunvecinos, ó siente acercarse los rigores del hielo destructor. Es que, como dice San Cipriano, sabe que si las flores no se abren á tiempo y hacen desaparecer bajo su blancura las verdes hojas de los frondosos naranjos, no hay esperanza de que en otoño las pomos de oro dobleguen sus ramos y nos refresquen con su jugo sabroso. Otro tanto sucede con la niñez, con la adolescencia y la juventud: si en esa edad, que no en vano se ha denominado primavera de la vida, no aparecen las flores de la virtud; si la cándida inocencia y la pureza sin mancha no empiezan desde temprano á encantarnos con su belleza y á embriagarnos con su dulcísimo aroma, perded toda esperanza de que en la edad madura ó la ancianidad brillen los frutos de la honradez; ni creáis que la que de niña ha sido indócil y perversa, se vea cuando matrona rodeada de consideraciones y respeto, ó que al joven díscolo acompañen en la vejez la confianza y la veneración. *Sicut fructus non invenitur in arbore, in qua flos primum non apparuerit, sic in senectute honorem legitimum consequi non poterit, qui in adolescentia disciplinæ alicujus exercitatione non laboravit.*

¿Lo oís, niños y niñas? Necesita vuestra edad la educación, el estudio, el ejercicio del espíritu, tanto como ha menester las flores el árbol frutal. Sed dóciles y obedientes, continúa el mismo santo; sin obediencia no hay educación posible, sin docilidad, el mejor maestro no podrá formar á la juventud.

¡Y cuántos tiernos corazones no hay escondidos en el mundo, dispuestos al bien, inclinados á la virtud, preparados á la santidad, pero que no tienen quien los forme, quien los eduque, quien los santifique! ¡Cuántos niños se encuentran, aun cerca de nosotros, que habrán tal vez recibido las aguas del bautismo, pero que abandonados después en lo físico y en lo moral, perderán la vida temporal sin llegar á la edad madura, ó perderán la eterna si una temprana muerte no los libra de la corrupción! Su número es mayor de lo que á primera vista parece, y las almas que podemos ganar al cielo y á la Iglesia con un poco de actividad y desprendimiento, son más numerosas de lo que generalmente se piensa.

¿Y sabiéndolo, dejamos que la pereza nos embargue? Un pequeño esfuerzo dará la educación y la vida á muchos desvalidos, ¿y no nos movemos? No se necesita aquí, como en China, acudir á deshora á las orillas de los ríos, y comprar, á crecido precio, el niño que desnaturalizados padres se aprestan á anegar. No es menester arrodillarnos delante de estólidos paganos, para que nos concedan al menos bañar con agua consagrada al infante que van á sumergir en inmundo y perpetuo baño. Basta para cumplir nuestra misión, el contribuir con nuestro óbolo al sostenimiento del Asilo; el impedir con nuestras limosnas que se derrumbe el edificio que de otra suerte

ya estaría demolido; el hacer con nuestra influencia moral, y nuestras súplicas, y nuestros consejos, que de preferencia busquen los padres de familia la educación que aquí damos.

No todas las reformas modernas introducidas en la pedagogía merecen que las apruebe un hombre pensador, ni que las fomente quien de veras aspira á la educación sólida de la juventud. A fuerza de querer facilitar los estudios, sólo se consigue á menudo que éstos sean en extremo superficiales; y por empeñarse en ayudar la memoria, en vez de encender en el alma el fuego de la ciencia, se convierte á ésta en fugaz meteoro, que brilla y desaparece en un momento, dejando al espíritu en mayor oscuridad que al principio. Yo os confieso, no obstante, que para los niños pequeñitos me agrada el método moderno introducido aquí por las Hijas de San Vicente, y muy generalizado en Francia en toda clase de escuelas infantiles. Estoy seguro que os encantan, como á mí, esos frecuentes cantos de los niños, y esos bailes, y marchas, y estrépito, con que alejan el sueño de sus párpados tan fáciles para cerrarse, tan duros para conservarse abiertos aun breves momentos. El sostener por medio de cuadros, y esculturas, y figuras de varias especies la atención de rapazuelos de tres y cuatro años; el hacerlos girar, banderola en mano, cuando los ojos ya se cansan de fijarse en los mismos objetos, el cuerpo de permanecer en la misma postura, la mente de aplicarse á cosas serias, es una *novedad* que la experiencia ha demostrado ser harto provechosa. Haced á los más pequeños de nuestros niños preguntas sobre geografía ó historia sagrada, ú otros ramos, y veréis que os respon-

den con más despejo y ostentan mayor instrucción que otros que cuentan doble número de años, pero cuyo aprendizaje no se ha amenizado, con los globos de marfil que enseñan la aritmética, con los cuadros que representan escenas de la Biblia, con las figuras que á primera vista nos hacen ver los límites, los rasgos característicos, los productos de cada país y de cada nación.

Este método, que no tengo noticia de que se haya generalizado aún en nuestro suelo, es el que se sigue en el Asilo de esta ciudad, y la instrucción está basada en el principio de la sabiduría, que es el temor de Dios; en las dulces prácticas de nuestra Religión adorable; en las máximas de la moral evangélica. En pequeña escala, como todo lo nuestro; de un modo imperfecto, aunque deseando la perfección y procurando adquirirla, vamos haciendo el bien á la niñez desvalida, y preparándola para mayores empresas. Sabedores de que un joven, que desde el principio camina por senda torcida, no enderezará sus pasos ni en la vejez, según la expresión de los Proverbios *adolescens juxta viam suam etiam cum senuerit non recedet ab ea*, el conservar la pureza de los niños es nuestro cuidado principal, y el inspirarles máximas y principios que los sostengan en los combates de la vida, forma nuestro empeño constante.

Para todo se necesitan en este mundo recursos pecuniarios, y para proveer á la educación de los niños, se pensó, con justicia, en los mismos niños. ¡Cuánto me ha agradado el ver á los jefes de cada sección acudir á la asamblea general, que há pocos días presidí, y llevar sus propias ofrendas y las de los doce que á cada uno están subordinados! Adelante, oh queridos Hijos, en vuestra

santa empresa, y que nada os haga dejarla. Cuando lleguéis á la edad, todavía lejana, de veintiún años, en que, conforme á los Estatutos, tendréis que abandonar la SANTA INFANCIA, las Conferencias de San Vicente, las Sociedades Católicas, las Cofradías del Sagrado Corazón, de San Luis Gonzaga y otras muchas os abrirán sus puertas. Entonces podréis practicar las buenas obras en mayor escala, y acostumbrados como estáis, desde pequeños, á las piadosas reuniones, á la oración en común, á la limosna colectiva, ¡oh, cuánto provecho no sacará la Madre Iglesia de hijos tan bien formados, y á quienes el Señor ha dado como á Job, la virtud de la compasión, desde que blandamente se reclinaban en el regazo maternal, *vitam et misericordiam tribuisti mihi!*

Hé aquí otra ventaja, y no por cierto la menor, de la asociación de la SANTA INFANCIA: la propia santificación de los socios. Al mismo tiempo que se socorre á los desvalidos, la oración diaria, la limosna periódica, la frecuencia de sacramentos, conservan el alma pura, alejan las tentaciones, fortalecen y animan en la virtud. Las oraciones de los niños socorridos por vuestras limosnas, salvados por vuestros oportunos socorros, formados merced á vuestra generosa cooperación, ¿no os atraerán, ¡oh infantiles oyentes! una lluvia de beneficios del que fué niño en Belén y ahora se sienta en el cielo á la diestra del Eterno Padre? Quizás al temprano subsidio que disteis á los que nunca conocieron una madre amorosa, debéis el que se os conserve la vuestra. Quizá para compensaros del óbolo con que disteis la vida á muchos desgraciados, os ha aumentado vuestra hacienda el Dispensador de todo bien. Si en vuestra edad madura la Providencia

os saca ilesos de peligros temporales ó espirituales, es porque pequeños tendisteis la tierna mano á vuestros coetáneos próximos á perecer.

Cuando los discípulos apartaban á los niños por temor de que molestasen al Salvador, *dejad*, (les dijo), *dejad que los niños se acerquen á mí, sinite parvulos venire ad me.* ¡Ay! No son ahora los discípulos de Jesús los que impiden que los niños se acerquen á la Fuente de todo consuelo. Son los emisarios de Satanás, que se esfuerzan por corromper desde temprano su tierno corazón, por inspirarles perversas ideas, por impedir que la religión eche en sus almas profundas raíces. ¡Desdichados! La Verdad misma lo dijo: ni la muerte más afrentosa, ni los tormentos más exquisitos, bastarán á castigar la culpa inconmensurable de los corruptores de la niñez; *qui scandalizaverit unum de pusillis istis, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo eius et demergatur in profundum maris.*

Deber de todo discípulo de Jesús es arrancarlos de sus garras, y ya no sólo permitir que se acerquen los niños al Redentor, sino llevarlos, conducirlos, trasportarlos sobre los hombros, si fuere preciso, como el Buen Pastor á la oveja perdida.

¡Sús! ¡Manos á la obra! Madres de familia, piadosos bienhechores del Asilo, mucho habéis hecho, pero mucho os resta que hacer. Grande es la multitud de niños asociados á la SANTA INFANCIA; pero ¿es siquiera la mitad, es siquiera la tercera parte de los que puede suministrar esta católica y cada día más populosa ciudad? Recorred las calles, girad por las plazas, entrad á la casa de vuestras amigas, llamad á las puertas del vecino. Que se do-

ble el número de socios, que se dupliquen las ofrendas, que se centupliquen las oraciones. Sobre todo, una vez que vuestros niños hayan dado su nombre á la SANTA INFANCIA, no permitáis en modo alguno que la abandonen, ó que falten á sus reglas, ó dejen entibiar su fervor.

¡Fieles que me escucháis! Este es día extraordinario en que se espera de todos vosotros la cooperación á las buenas obras de la niñez. No dejéis que os venzan en generosidad los infantes. Cuando las tiernas niñas, cuyas voces dulcísimas han cantado durante el divino sacrificio las alabanzas del Señor, recorran el templo tendiéndolos la mano, ú os obstruyan la salida solicitando socorros, ¡oh! no cerréis vuestras escarcelas. Dad limosna para el Asilo, socorred con vuestro óbolo á la infancia menesterosa, que el Señor os lo devolverá con usura el día de la retribución.

¡Católicos todos de Monterrey! Así como cada uno tiene su artesano favorito, su almacén privilegiado, su médico y abogado preferidos, que á todos recomienda, que delante de todos encomia, que obliga también á sus amigos á preferir á los demás, así este Asilo debe ser el objeto de vuestras complacencias. No ceséis de protegerlo, no ceséis de recomendarlo, no dejéis de encarecerlo á cuantos se os presenten delante. Así nos pondréis en estado de mejorar sus escuelas, de aumentar sus preceptoras, de ensanchar sus límites, así materiales como morales. De esta suerte participaréis de los méritos de los socios de la SANTA INFANCIA, y os atraeréis las bendiciones, que sobre ellos y sobre todos los presentes, ruego al Señor derrame sin tasa.